

de su frente, una erudición sacra y profana; nada se mueve allí, todo está fijado en su puesto. Su actividad anda por fuera, en torno a la conducción del discurso y la distribución de las gradaciones, las sombras, la luz y los colores».

Y esa falsa oratoria, ¿cómo la enseñan? Haciendo que cada uno de los seminaristas encomendados a su dirección se ejerciten en ella en el refectorio, mientras los demás comen. Comen y se ríen. Es, sin duda, la ocasión más adecuada para poner en ridículo al aprendiz de orador sagrado. Tratan con ello, como con sus otros procedimientos, de matar el amor propio, acaso el sentimiento mismo del ridículo, pero no consiguen sino sobreexcitarlo y hacerlo enfermizo. QUITAN así a sus educandos el sentimiento de la propia dignidad, del respeto a sí mismos, y sobre todo la fe en sus propias fuerzas y les incapacitan para una vida libre. No osarán nunca nada por no ponerse en ridículo.

En esos mismos seminarios encomendados a la dirección jesuítica le hacen de pronto a un joven educando que improvise un sermón sobre un tema dado, sin más que una hora de preparación, y esto al acabarse el recreo y como continuación de él. Y es, en efecto, un recreo para los otros que se divierten a costa del pobre torturado.

Y en el fondo, de lo que tratan no es de enseñar ciencia sino a lucirla o aparentarla. Y esto porque no creen en la substantividad de la ciencia más que en la del arte. La ciencia para ellos no es sino un instrumento apolo-gético de la verdad católica, es decir: la abogacía. O es un medio de mejorar las condiciones materiales de la vida terrena, es decir: ingeniería. Se dedican a la ciencia, sí, pero o para inventar un freno automático cualquiera o para torcerla poniéndola al servicio del dogma. La ciencia pura, el amor a la verdad por ella misma, el ansia de ensanchar nuestro conocimiento del universo y de la vida, esto no lo conocen, a lo menos entre nosotros. Hay que figurarse lo que debió de sufrir el P. Secchi, que tenía temperamento de hombre de ciencia desinteresada y pura. Y eso que se dedicó a ciencias físicas y astronomía y no a psicología, o a historia o a... teología.

Ingeniería o abogacía; no es para ellos otra cosa la ciencia. O un medio de ganarse aquí abajo, en la vida que pasa, la vida, el negocio terrenal, o un medio de servir al gran negocio de nuestra salvación. Y de aquí el escasísimo fruto de los que salen de sus escuelas. Educan abogados en el peor sentido de esta palabra: sofistas. No es en la investigación, es en la polémica en lo que los adiestran, pues para ellos no es el mundo más que un campo de batalla entre los hijos de la luz

y los de las tinieblas, entre el ejército de Jesús, de que ellos, los jesuítas, son el estado mayor, y el ejército de Belial.

De donde esa infecunda manía polemística que distingue a sus secuaces. Manía que les lleva a desfigurar la verdad, no sólo por amor propio, por ese mismo amor propio de que en vano trataron de curarles por el ridículo, por el amor propio de quedar encima del adversario. Recelo, pues, envidia, sofistería, mala fe, todas las peores cualidades del sofista es lo que se consigue con ese género de educación en que ni la ciencia ni el arte tienen substantividad alguna, sino que aquélla es ingeniería o abogacía y éste ornamento y señuelo.

Agréguese que apenas creen en la vo-

## TUS ULTIMAS PALABRAS

*Como conchas sonoras de las playas  
yo lavaré tus últimas palabras  
en las linfas azules de la fuente  
donde el recuerdo vela, llora y siente.*

*Pero como en las conchas de las playas  
yo escucharé en tus últimas palabras  
con la misericordia de lo eterno  
los rumores sin fin de un amor tierno.*

*Y así como las conchas de las playas  
vuelcan a veces y se llenan de agua  
también se vuelcan y se llenan de alma,  
rosas de amor, tus últimas palabras.*

ROBERTO BRENES MESÉN

cación y suponen que cualquiera sirve para lo que su superior le mande. Hay en su largo noviciado unos años de magisterio y le mandan al novicio, para que se ejercite y adiestre a costa de los discípulos, a explicar en cualquiera de los colegios de que sacan renta cualquier cosa, ahora hebreo —de que acaso no sabe cuatro letras el pobre novicio, teniendo que estudiarlas cuatro o seis horas diarias,—y después, cuando apenas si empezó a conocerlas, geometría analítica o química o historia universal o lo que sea. Y esto a expensas de los alumnos, cuyos padres pagan para que se les enseñe lo mejor posible. Y aun hay más, y es que acaso temen que el pobre novicio aquél se aficione demasiado a una disciplina científica o literaria cualquiera, que le tome harto apego a una ciencia humana.

Y hay aquí uno de ellos que ha pretendido defender este trasiego de profesores diciendo que cuando se explica mucho tiempo una misma cosa se adocena uno en ella. Y como sucederá lo mismo con toda profesión, resulta, según eso, que los hombres deben estar cambiando de ellas cada media docena de años, ahora abogado, de aquí a seis años médico, dentro de doce fontanero, luego agrimensor, después marino, etc. Y ¿por qué ellos no dejan su

profesión, la de jesuítas, en la que desde el primer día se adocenan?

Todo lo cual produce el resultado de que no hay institutos de enseñanza en que se enseñe peor que los de los jesuítas. Y eso que tienen que pasar sus alumnos por las pruebas oficiales en los establecimientos del estado, lo que obliga a los dichosos padres a prepararlos para el examen y esto —justo es confesarlo—no lo hacen del todo mal.

Les empapizan las lecciones y luego los muchachos nos las recitan todos igual, todos al mismo tono y bajo el mismo patrón. Hay que aprobarlos y hasta darles nota, pero sale uno de tales exámenes con el ánimo contristado.

Y para final allá va un sucedido. Examinaba yo hace ya unos años, de metafísica a unos alumnos de jesuítas y uno de ellos empezara a decirme: «Dice Spencer que...» siguiendo con algo que no era exacto, hube de atajarle diciéndole: «eh, cuidado, cuidado, que Spencer no dice semejante cosa». Repúsose al punto el mozo y me replicó: «Bueno, pues dice el P. Mendive, que dice Spencer...» A lo que repliqué: «¡Eso ya es otra cosa!» Y en esto están los más de los alumnos de los jesuítas, en que dice el P. Fulano, que dice Zutano.

¿Y las disensiones doctrinales entre el P. Tal y el P. Cual? aquel inventar ridículas distincioncillas para jugar a la independencia de criterio? «In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnia caritas», en lo necesario unidad, en lo dudoso libertad, y caridad en todo. Y al ensanchar lo necesario cercándolo con un aro de hierro, han tenido que multiplicar lo dudoso para jugar a la libertad. ¡Triste juego! ¡Triste juego ese de las discrepancias entre el P. Tal y el P. Cual!

En ese juego no se ennoblecerá el alma pero se exacerban el bajo amor propio y la envidia, esta plaga de las comunidades religiosas. Y lo que apenas se ve es la caridad en todo.

Y basta por hoy que esto sería el cuento de nunca acabar.

Si estas dos novelas de Pérez de Ayala, «A. M. D. G.» y «La pata de la rapsoda» provocaran una crítica de la educación jesuítica y de la educación dada por órdenes religiosas en general —ya que todas tienden a jesuitizarse al respecto—una crítica, sin pasión sectaria, sin odio a la religión, serena pero implacable, sin mirar más que el aspecto pedagógico, si estas novelas provocaran tal cosa habrían sido columnas miliares en nuestra producción literaria.

Aparte, claro, su excelencia artística y hasta poética, que quedará siempre por encima de todo.

(La Nación, Buenos Aires.)